

Chet van Duzer

“Los monstruos marinos, la oscuridad y las Islas del Paraíso. El Atlántico como espacio mítico antes del descubrimiento del Nuevo Mundo”

p. 37-54

*Espacios marítimos y proyecciones culturales*

Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia

2019

342 p.

Figuras

(Serie Historia General 37)

ISBN 978-607-30-2044-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de abril de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/719/espacios\\_maritimos.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/719/espacios_maritimos.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LOS MONSTRUOS MARINOS, LA OSCURIDAD Y LAS ISLAS DEL PARAÍSO

### EL ATLÁNTICO COMO ESPACIO MÍTICO ANTES DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

CHET VAN DUZER

Universidad de Rochester, The Lazarus Project  
Investigador residente, John Carter Brown Library

Fernando Ainsa escribió: “El círculo de la realidad siempre ha estado contenida en un círculo más grande cuyos límites marcan el comienzo de lo imaginario”,<sup>1</sup> y en los mapamundis de la Edad Media (figura 1), el océano es precisamente el espacio más allá de las tierras conocidas, y por eso es un espacio de los mitos. En efecto, los mitos y la imaginación son herramientas que permiten a la mente humana proyectar información sobre zonas desconocidas, así se evita el malestar de la ignorancia absoluta y al mismo tiempo se logra dar cuerpo a los temores y las esperanzas. En algunos casos, los mitos tienen un efecto muy positivo en la exploración; por ejemplo, después del descubrimiento europeo del Nuevo Mundo, muchos de los mitos sobre las nuevas tierras animaron a los exploradores a lanzarse a la aventura de lo desconocido, e incluso algunos de ellos —tales como la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades de Oro, el País de la Canela y El Dorado— han sido la motivación principal que derivó en la exploración de vastas extensiones de territorio. Pero las percepciones y los mitos sobre el Atlántico, anteriores a la última parte del siglo XV, fueron abrumadoramente negativas. Hubo algunas excepciones —relatos alentadores sobre el mar o mitos optimistas—, pero la mayoría de los mitos desanimaban la exploración del Atlántico.

<sup>1</sup> Fernando Ainsa, “The Invention of America: Imaginary Signs of the Discovery and Construction of Utopia”, Jeanne Ferguson (trad.), *Diogenes*, International Council for Philosophy and Human Sciences, París, v. 37, n. 145, 1 de marzo de 1989, p. 98-111. Las traducciones son del autor a menos que se indique otra fuente.

Tal vez ello se deba al hecho de que los seres humanos han estado siempre más cómodos en tierra que en el mar. En este artículo se exploran los mitos sobre el Atlántico en los siglos anteriores a los grandes descubrimientos, así como los inicios de la nueva concepción del Atlántico, que tuvo lugar en el siglo XV, como una parte absolutamente esencial de esos descubrimientos.<sup>2</sup>

Los romanos sospechaban mucho del mar en general: el poeta Propertio maldice al hombre que inventó los veleros (*Elegiae*, 1.17.13-14), y Plinio el Viejo llama al mar “la parte más salvaje de la naturaleza” (*Naturalis historia*, 36.1.2), y habla de cómo hay muchos monstruos en el mar porque el mar mezcla las “semillas y los primeros principios” (*Naturalis historia*, 9.1.2) de las cosas, lo que resulta en la creación de muchas criaturas híbridas peligrosas. Los romanos eran particularmente cuidadosos del Atlántico. En un pasaje que se conserva en las *Suasoriae* (1.15) de Séneca, el poeta Albinovano Pedo dejó una descripción evocadora del viaje de Germánico hasta el océano del Norte, donde sus barcos fueron superados por una tormenta:

[...] fuera de los confines del orbe conocido, osando marchar por tinieblas prohibidas hasta el fin del mundo y hasta las últimas costas del globo terrestre, ven que quien alberga en el seno de sus perezosas olas terribles monstruos, el Océano, quien cría en sus aguas crueles ballenas y perros marinos, se eleva sorprendido a las naves (el propio estrépito aumenta el miedo); ven que las embarcaciones encallan y que la flota entera es abandonada por el rápido viento que la arrastra, y creen que ellos mismos son abandonados en inútil muerte por destino infeliz para ser despedazados por las bestias del mar.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Sobre las concepciones tempranas del Atlántico, véase: William Henry Babcock, *Legendary Islands of the Atlantic: A Study in Medieval Geography*, Nueva York, American Geographical Society, 1922; Vincent H. Cassidy, *The Sea Around Them: The Atlantic Ocean, A.D. 1250*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1968; W. G. L. Randles, “La représentation de l’Atlantique dans la conscience européenne au Moyen Age et à la Renaissance: de l’océan-caos mythique à l’espace maritime dominé par la science”, *Isleña*, Direcção Regional dos Assuntos Culturais, Funchal, n. 4, 1989, p. 5-16; Benjamin B. Olshin, *A Sea Discovered: Pre-Columbian Conceptions and Depictions of the Atlantic Ocean*, tesis de doctorado, Toronto, Universidad de Toronto, 1994.

<sup>3</sup> La traducción al español viene de Manuel Mañas Núñez, “Aproximación al *De bello germanico* de Albinovano Pedón”, *Anuario de Estudios Filológicos*, Cáceres, España, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, n. 23, 2000, p. 271-286; sobre el pasaje, véase Emilio Pianezzola, “Au-delà des frontières du



Este pasaje describe el Atlántico como algo prohibido y como un lugar de terrores, lleno de monstruos marinos peligrosos. En el siglo IV, san Ambrosio indica que el Atlántico es desconocido y violento, y que los marinos ni siquiera tratan de navegar en él:

¿Quién sabe, después de todo, hasta dónde se extiende este gran mar, en el que los marineros no se atreven a navegar, y, hasta ahora, no han intentado hacerlo, y que rodea Bretaña con olas furiosas y alcanza lugares que están aún más lejos y ni siquiera accesibles en las leyendas?<sup>4</sup>

Uno de los mitos más importantes sobre el Atlántico consistió en pensar que era un océano más allá de los límites. Se decía que el héroe griego Hércules había levantado dos pilares que llevaban su nombre cerca del estrecho de Gibraltar con el propósito de marcar el límite occidental de sus viajes, y esos pilares llegaron a ser interpretados como el límite occidental para la navegación segura.<sup>5</sup> Estos pilares aparecen representados en una serie de mapas medievales.<sup>6</sup> Por ejemplo, en el llamado mapamundi anglosajón o mapa Cotton del siglo XI, los pilares indican claramente el límite occidental del conocimiento geográfico, en cuanto están ubicados precisamente en

monde: un topos rhétorique pour un rétablissement du texte d'Albinovanus Pedo (p. 116 Mor. = 148 Buech., v. 19)", *Revue des études latines*, París, Société des Études Latines, t. 62, 1984, p. 192-205; y Michael von Albrecht, *Roman Epic: An Interpretative Introduction*, Boston, Brill, 1998, p. 209-215.

<sup>4</sup> San Ambrosio, *Hexaemeron*, 3.3.15.

<sup>5</sup> Adolf Schulten, "Die Säulen des Herakles", en Otto Jessen, *Die Strasse von Gibraltar*, Berlín, D. Reimer, 1927, p. 174-206; sobre la significación del estrecho de Gibraltar como límite de occidente del mundo, véanse: Carlos Posac Mon, *El estrecho de Gibraltar en tiempos clásicos*, tesis de doctorado, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, 1984, p. 118-131; y Gabriella Amiotti, "Le colonne d'Ercole e i limiti dell'ecumene", en Marta Sordi (coord.), *Il confine nel mondo classico*, Milán, Vita e Pensiero, 1987, p. 13-20.

<sup>6</sup> Alesandro Scafi, "Les colonnes d'Hercule dans la cartographie médiévale: limites de la Méditerranée et portes du paradis", en Bertrand Westphal (coord.), *Le rivage des mythes: une géocritique méditerranéenne: le lieu et son mythe*, Limoges, Pulim, 2001, p. 339-365; Chet van Duzer, "Rebasando los pilares de Hércules: El estrecho de Gibraltar en la cartografía histórica", en Virgilio Martínez Enamorado, (coord.), *I congreso internacional: Escenarios urbanos de al-Andalus y el occidente musulmán (Vélez-Málaga, 16-18 de junio de 2010)*, Málaga, Ayuntamiento de Vélez-Málaga/Fondo Europeo de Desarrollo Regional de la Unión Europea, 2011, p. 257-292.

el borde oeste del mapa.<sup>7</sup> Entre los geógrafos islámicos existía una leyenda que contaba que había una estatua de Hércules sobre los pilares, y que esta estatua advertía a los marineros contra los peligros que implicaba la navegación en el Atlántico. Esta historia llegó a Europa gracias a traducciones latinas del comentario de Alí Ibn Ridwan al *Tetrabiblos* de Ptolomeo, que dice que la estatua sostiene llaves en su mano para indicar que no hay ningún lugar habitado más allá, esta versión de la historia apareció por ejemplo en la *Estoria de España*, que fue escrita antes de 1270.<sup>8</sup> La estatua de Hércules también aparece en el borde más occidental del mapa en la carta náutica de los Pizzigani de 1367 (figura 2),<sup>9</sup> y, de nuevo, marca el punto más allá del cual no se puede navegar en el Atlántico. Pero hay que destacar que en dicho mapa este límite ha migrado hacia el Atlántico desde el estrecho de Gibraltar, indicando la posibilidad de navegar por lo menos un poco en este océano. La leyenda en la carta náutica de los Pizzigani dice lo siguiente:

Aquí está la estatua que estaba en el tiempo de Hércules, quien fundó Zirquo [?] para la seguridad de los navegantes. Fue construida en el borde del mar que se puede navegar, pero más allá de la estatua es un mar poco profundo que no permite la navegación de los buques.<sup>10</sup>

Las Columnas de Hércules también marcan el límite de la navegación segura en el mapamundi de Andreas Walsperger de 1448,

<sup>7</sup> El mapa Cotton se encuentra en la British Library de Londres (Cotton MS Tiberius B.V, f. 56v), y está reproducido en P. D. A. Harvey, *Medieval Maps*, Londres, British Library, 1991, p. 26. Una imagen digital está disponible en <http://www.bl.uk/onlinegallery/onlinecx/unvbrit/a/largeimage82938.html>.

<sup>8</sup> La estatua de Hércules con llaves en su mano está ilustrada en el manuscrito de la *Estoria de España* que se encuentra en la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, Madrid, MS Y.I.2, f. 4v.

<sup>9</sup> La carta náutica de los Pizzigani está en la Biblioteca Palatina de Parma (n. 1612). Está reproducida en *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazi: Mostra storico-cartografica*, Guglielmo Cavallo (coord.), Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1992, v. 1, p. 432-433, y en Ramon J. Pujades i Bataller, *Les cartes portolanes: la representació medieval d'una mar solcada*, Barcelona, Institut Cartogràfic de Catalunya, 2007, en el CD C13.

<sup>10</sup> Mario Longhena, "La carta dei Pizigano del 1367 (posseduta dalla Biblioteca Palatina di Parma)", *Archivio Storico per le Province Parmensi*, Parma, Deputazione di storia patria per le province Parmensi, 1953, v. 5, p. 53.



donde la leyenda sobre las columnas expresa: “Aquí están las Columnas de Hércules debido a los peligros que deben ser evitados”.<sup>11</sup> Mientras que las columnas de Hércules han avanzado hacia el oeste lo suficiente para permitir la navegación en las costas de Europa occidental, todavía se veía el Atlántico más lejos como un lugar de peligros —tan peligroso que había que advertir a los marineros que no se navegara muy lejos en él.

Otra idea medieval sobre el Atlántico fue que éste estaba simplemente vacío de cualquier cosa de interés, y que por lo tanto no valía la pena explorarlo. El cronista benedictino y cartógrafo Mateo de París hizo cinco mapas de Gran Bretaña que sobreviven hoy, y el más completo de ellos, que hizo hacia 1250, cuenta con un texto sobre el Atlántico en la esquina superior izquierda que reza: “Esta parte entre el Norte y el Sur se asoma en un vasto mar donde no hay nada aparte de la morada de monstruos. Pero una isla se encuentra allí que tiene muchos carneros”.<sup>12</sup> Atravesar un mar lleno de monstruos para llegar a una sola isla de carneros no parece una propuesta tentadora, y el mensaje claro es que no vale la pena explorar el Atlántico.

En las primeras décadas de 1300, el cartógrafo Pietro Vesconte hizo mapamundis para ilustrar el *Libro de secretos de los fieles de la cruz* de Marino Sanudo. Éstas están orientados con el este en la parte superior, por lo que el Atlántico queda en la parte inferior, y no hay ninguna isla al oeste de Irlanda. El texto geográfico que acompaña

<sup>11</sup> El mapa de Walsperger se encuentra en: Biblioteca Apostolica Vaticana, Ciudad del Vaticano, MS Pal. Lat. 1362 B; hay un facsímil con el título *Weltkarte des Andreas Walsperger*, en Zúrich (Chr. Belser AG, 1981). Sobre este mapa véase: Konrad Kretschmer, “Eine neue mittelalterliche Weltkarte der vatikanischen Bibliothek”, *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, D. Reimer, Berlín, v. 26, 1891, p. 371-406.

<sup>12</sup> Esta carta de Mateo de París se encuentra en British Library, Londres, Cotton MS Claudius D. VI, f. 12v. Hay un facsímil de la misma en J. P. Gilson y Herbert Poole, *Four Maps of Great Britain Designed by Matthew Paris About A. D. 1250*, Londres, British Museum, 1928, mapa A, con una transcripción de la leyenda en la p. 5. Sobre la cronología de los mapas de Gran Bretaña por Mateo de París, véase J. B. Mitchell, “The Matthew Paris Maps”, *Geographical Journal*, Londres, Royal Geographical Society, v. 81, n. 1, 1933, p. 27-34; y P. D. A. Harvey, “Matthew Paris’s Maps of Britain”, *Thirteenth Century England IV. Proceedings of the Newcastle upon Tyne Conference 1991*, editado por P. R. Cross y S. O. Lloyd, Nueva Hampshire, Boydell Press, 1992, p. 109-121.

al mapa acompaña incluye una sección dedicada a las islas (“De insulis minoribus”), en la que Sanudo dice que “más allá de Cádiz, a lo largo de los reinos de España, Portugal y Galicia, no hay ninguna isla de valor.”<sup>13</sup> Una vez más, parece que hay pocas razones para explorar el Atlántico.

Vimos antes que el escritor romano Albinovano Pedo pensó que el Atlántico estaba lleno de monstruos marinos, esta idea continuó durante la Edad Media y algunos mapas enfatizan los peligros de los monstruos marinos en el Atlántico. Volviendo a la carta náutica de los Pizzigani,<sup>14</sup> en el Atlántico aparecen dos barcos mallorquinos que están siendo atacados por monstruos (figura 2), un dragón volador lleva a un hombre fuera de un barco, mientras que un pulpo gigante sujeta una de las naves con sus garras. Los textos cercanos enfatizan la gravedad del peligro, diciendo que el dragón y el pulpo han vaciado de tripulantes a uno de los barcos.<sup>15</sup>

El globo terráqueo de Johann Schöner, hecho en 1515, tiene monstruos marinos en el Atlántico, entre ellos hay un gran pez con aletas dentadas y un pico agudo, y otro con enormes dientes.<sup>16</sup> Evidentemente, el océano occidental tuvo una amplia oferta de peligros, precisamente donde podríamos esperar ver los barcos cruzando hacia al Nuevo Mundo.

Otro peligro del Atlántico Norte fueron los remolinos. El historiador y monje benedictino del siglo VIII, Pablo el Diácono, en las primeras páginas de su *Historia de los lombardos*, dijo que el Océano Occidental no tenía límites, y que sus mareas fueron causadas por un gran remolino ubicado no muy lejos de las costas de Europa.

<sup>13</sup> El texto “De insulis minoribus” se encuentra editado en *Liber secretorum fidelium crucis*, Joshua Praver (coord.), Toronto, Prelum Academicum Universitatis Torontonensis, 1972, p. 285-287; se habla de este pasaje en Manuel Francisco de Barros Santarém, *Essai sur l'histoire de la cosmographie et de la cartographie pendant le Moyen-âge*, París, Maulde et Renou, 1849-1852, v. 1, p. 135 y v. 3, p. 203-204. Sobre los mapas de Vesconte en general, véase Evelyn Edson, “Reviving the Crusade: Sanudo’s Schemes and Vesconte’s Maps”, en *Eastward Bound: Travels and Travellers, 1050-1500*, Rosamund Allen (coord.), Manchester, Manchester University Press, 2004, p. 131-155.

<sup>14</sup> Sobre la carta náutica de los Pizzigani véase la nota 9.

<sup>15</sup> Mario Longhena, “La carta dei Pizigano del 1367...”, p. 58.

<sup>16</sup> Chet van Duzer, *Johann Schöner’s Globe of 1515: Transcription and Study*, Filadelfia, American Philosophical Society, 2010, p. 162, fig. 7.



Llamó a este remolino el “ombbligo del mar” y, más específicamente, dijo que éste contuvo y vomitó las olas dos veces cada día. Añade que los buques son a menudo violentamente arrastrados por este remolino, y que hay otro similar entre Gran Bretaña y la península ibérica.<sup>17</sup> Otros autores también reportaron remolinos en el Atlántico. El cronista Adán de Bremen, que vivió en el siglo XI, dijo que el príncipe de Noruega, Harald:

[...] investigó la anchura del mar del norte con sus barcos, y cuando los límites de la tierra fueron sumidos en la niebla delante de su rostro, a duras penas, dejando de lado su investigación, logró escapar ileso del inmenso golfo del abismo.

En este caso, el remolino se cita explícitamente como un gran peligro para la exploración del Atlántico. Adán de Bremen llega a decir que este remolino del norte es la causa de las mareas. Honorio de Autun también habla de un remolino Atlántico en el siglo XII, y un poco más tarde Gerald de Gales menciona un gran remolino cerca de Islandia que dificulta la navegación.<sup>18</sup> Historias de un supuesto remolino en el Atlántico Norte continuaron apareciendo incluso más tardíamente, incluso después del período que se examina aquí por ejemplo, Oloa Magno representó uno frente a la costa de Noruega en su *Carta marina* de 1539, y lo describe en su *Historia de las gentes septentrionales*, de 1555 (figura 3).<sup>19</sup>

Aunque se pensaba que los remolinos se encuentran en el Atlántico Norte, también hubo peligros en el sur. Una serie de autores clásicos describe el mundo dividido en zonas climáticas, con una zona tórrida en el Ecuador, que era inhabitable a causa del calor, zonas frías en los polos norte y sur que eran inhabitables debido al frío, y zonas templadas y habitables entre ambas zonas extremas, tanto en

<sup>17</sup> Pablo el Diácono, *History of the Langobards*, William Dudley Foulke (trad.), Filadelfia, Department of History of the University of Pennsylvania, 1907, lib. I, cap. 6, p. 8-9; Cassidy, *The Sea Around Them...*, p. 67.

<sup>18</sup> Honorius Augustodunensis, *De imagine mundi*, 1.40-41; Giraldus Cambrensis, *Topographia Hibernica*, 2.13-14; Cassidy, *The Sea Around Them...*, p. 117 y 144-145.

<sup>19</sup> Oloa Magno, *Historia de las gentes septentrionales*, J. Daniel Terán Fierro (trad.), Madrid, Tecnos editorial, 1989, lib. 2, cap. 7.



el hemisferio sur como en el norte.<sup>20</sup> Mapas que ilustran este esquema aparecen en manuscritos del *Comentario al Sueño de Escipión* por Macrobio (figura 4).<sup>21</sup> No sobrevive registro de los marineros medievales que se sintieron desalentados de viajar al sur debido al terror que provocaba la idea de la Zona tórrida, pero si hubieran leído tales relatos sobre dicha zona, sin duda habría sido considerado un obstáculo. Así se puede inferir, a partir de las reacciones de los navegantes posteriores, cuándo descubrieron que no existía la Zona tórrida. Cristóbal Colón poseía un ejemplar del *Imago mundi* (un tratado geográfico) de Pierre d'Ailly, e hizo muchas anotaciones en los márgenes del libro. En el margen de la discusión acerca de la Zona tórrida, Colón escribió: “La zona tórrida no es inhabitable, ya que los portugueses navegan a través de ella; por el contrario, es muy habitada”.<sup>22</sup> Remarcó un doble borde alrededor de esta observación para enfatizar su importancia, algo que realizó con menor frecuencia en otros comentarios marginales. En 1569, el misionero jesuita español José de Acosta fue enviado a Perú, y en el libro 2, capítulo 9 de su *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en 1590, escribió:

Como había leído lo que los filósofos y poetas encarecen de la Tórrida Zona, estaba persuadido, que cuando llegase a la Equinocial, no

<sup>20</sup> J. de Crozals, “Un préjugé géographique: la zone torride”, *Revue de Géographie*, C. Delagrave, París, n. 16, 1885, p. 1-11; W. G. L. Randles, “Abandon de la théorie des cinq zones: première brèche dans le paradigme de la cosmographie médiévale”, en *De la terre plate au globe terrestre: une mutation épistémologique rapide, 1480-1520*, París, A. Colin, 1980, p. 33-41; Irina Metzler, “Perceptions of Hot Climate in Medieval Cosmography and Travel Literature”, *Reading Medieval Studies*, Centre for Medieval Studies, Reading, v. XXIII, 1997, p. 69-106.

<sup>21</sup> Sobre los mapas en los manuscritos de Macrobio, véase: Marcel Destombes, *Mappemondes, A. D. 1200-1500*, Ámsterdam, N. Israel, 1964, p. 43-45 y 85-95; Leonid S. Chekin, *Northern Eurasia in Medieval Cartography: Inventory, Text, Translation, and Commentary*, Turnhout, Brepols, 2006, p. 95-120; y Alfred Hiatt, “The Map of Macrobius before 1100”, *Imago Mundi*, Taylor & Francis, Oxfordshire, v. 59, n. 2, 2007, p. 149-176.

<sup>22</sup> Se ha publicado el ejemplar de Colón en facsímil en: Pierre d'Ailly, *Imago mundi*, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1990, y esta anotación de Colón aparece en el f. 12r; véase también la traducción al español de la obra de Pierre d'Ailly con una transcripción de las anotaciones de Colón en: Antonio Ramírez de Verger, *Imago mundi del Cardenal Pedro d'Ailly y Juan Gerson*, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1990, p. 60.

había de poder sufrir el calor terrible: fue tan al revés que al mismo tiempo que la *passé*, sentí tal frío, que algunas veces me salía al sol por abrigarme [...]. Aquí me confieso, que me reí, e hice donayre de los *Meteoros* de Aristóteles, y de su filosofía.

Probablemente no hay mucho que leer acerca de las preocupaciones de los navegantes medievales por la Zona tórrida porque tenían que preocuparse por otros riesgos percibidos como más peligrosos. Hay una leyenda tradicional en las cartas náuticas, que se remonta a finales del siglo XIV, que indica que en la costa occidental de África el océano es muy poco profundo. Según narra la leyenda en el mapamundi Catalán-Estense, *c.* 1460:

Las playas son de arena y muy extensas; según los pescadores de la costa, si se va a diez millas de la costa, se encuentra que el mar tiene sólo once pies de profundidad a lo largo de todo el litoral.<sup>23</sup>

Tenemos buena evidencia para afirmar que esta leyenda tradicional incrementó la preocupación entre los exploradores, porque el navegante portugués Gomes Eanes de Zurara (*c.* 1410-1474) informó específicamente que las leyendas en cartas náuticas que hablaban de aguas poco profundas en la costa de África no eran correctas y que, de hecho, el mar era suficientemente profundo para la navegación.<sup>24</sup>

Este mismo navegante portugués, Gomes Eanes de Zurara, también habló de otra barrera para la navegación atlántica, ampliamente

<sup>23</sup> El mapamundi Catalán-Estense se encuentra en Biblioteca Estense Universitaria, Modena, C. G. A. I, y está reproducido en facsímil con una transcripción de sus textos y comentario en: Ernesto Milano y Annalisa Battini, *Mapamundi Catalán-Estense, escuela cartográfica mallorquina*, Barcelona, M. Moleiro, 1996, donde la traducción al español citada aquí de este texto está en la p. 190. Hay también una imagen digital a alta resolución del mapa en CD-ROM: *Antichi planisferi e portolani: Modena, Biblioteca Estense Universitaria*, Modena, Il Bulino y Milan, Y. Press, 2004; y un estudio del mapa en Konrad Kretschmer, "Die katalanische Weltkarte der Biblioteca Estense zu Modena", *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, D. Reimer, Berlín, v. 32, 1897, p. 65-111 y 191-218.

<sup>24</sup> Gomes Eannes de Zurara, *The Chronicle of the Discovery and Conquest of Guinea*, Charles Raymond Beazley y Edgar Prestage (trads.), Londres, Hakluyt Society, 1899, v. 2, p. 236-237.

tomada por válida por marineros anteriores, a saber, el cabo Bojador en la costa de África, que a principios del siglo XV tenía fama de ser imposible de doblar. Según De Zurara, los marineros dijeron que más allá del Cabo Bojador:

[...] no hay ninguna raza de los hombres ni lugar para la habitación: la tierra es tan arenosa como los desiertos de Libia, donde no hay agua, no hay árbol, ni ninguna hierba verde; y el mar es tan poco profundo que incluso a una legua de la tierra tiene sólo una braza de profundidad, mientras que las corrientes son tan terribles que ningún barco que pase una vez el Cabo, jamás podrá volver.<sup>25</sup>

Había muchos mitos sobre el Atlántico que habrían desalentado la exploración del océano: fue percibido como una zona llena de peligros. Habiendo ya mencionado que las opiniones medievales del Atlántico no fueron todas negativas, ahora vamos a examinar algunos puntos de vista más positivos sobre el océano. Sin embargo, debemos comprender que la percepción generalmente negativa del Atlántico podía haber implicado que un número de posibles motivaciones de la exploración del Atlántico fueron vistas o bien en una luz negativa, o no se tomaron en serio sino hasta finales del siglo XV, cuando los geógrafos del Renacimiento, que tenían una mayor confianza en las capacidades humanas que los pensadores medievales, comenzaron a tener una visión más optimista de la exploración.

Juan de Mandeville en sus *Viajes*, obra escrita en el siglo XIV, cuenta una historia frustrantemente imprecisa de un extranjero que realizó un viaje partiendo desde Europa. Después de años llegó a una isla, tal vez en el océano Índico, donde reconoció su lengua materna, y así parece haber sido el primero en circunnavegar el mundo.<sup>26</sup> No sabemos exactamente dónde o cómo viajó, pero su

<sup>25</sup> Eannes de Zurara, *The Chronicle of the Discovery and Conquest of Guinea...*, v. 1, p. 31; véase también Francesc Relaño, *The Shaping of Africa: Cosmographic Discourse and Cartographic Science in Late Medieval and Early Modern Europe*, Aldershot, Inglaterra, y Burlington, EE. UU., Ashgate, 2002, p. 150.

<sup>26</sup> Sir John Mandeville, *The Travels of Sir John Mandeville: The Version of the Cotton Manuscript in Modern Spelling*, Londres/Nueva York, Macmillan and Co., 1905, p. 122-123.

desplazamiento y su alejamiento de Europa sin duda involucró el Atlántico. Esta historia es una afirmación audaz de las posibilidades de la navegación oceánica, y un paso significativo hacia una nueva concepción del Atlántico.

Hay imágenes cartográficas de buques en el Atlántico que reflejan ideas que son al menos un poco positivas sobre el océano. En la carta náutica de los hermanos Pizzigani que hemos examinado anteriormente (figura 2), vimos que la estatua de Hércules y algunos monstruos marinos advierten contra la intención de viajar demasiado lejos en el océano. Sin embargo, más cerca de la costa de la península ibérica se distinguen naves de Mallorca, Venecia y Génova que han navegado por el Mediterráneo y que se dirigen al norte en el Atlántico, presumiblemente hacia Flandes. Así que los hermanos Pizzigani pensaban que la navegación cerca del continente era razonablemente segura, aunque el Atlántico más distante estaba lleno de peligros. En otras palabras: un buen motivo, en este caso el comercio, podría alentar a los marineros a desafiar los peligros del Atlántico cerca de la costa.

En el famoso Atlas Catalán de 1375 hay un barco frente a la costa occidental del norte de África; en rigor, está al sur del temido Cabo Bojador, examinado anteriormente. El barco es identificado como de Jaume Ferrer, quien en 1346 hizo un viaje por la costa de África para buscar el río de Oro.<sup>27</sup> Conocemos por otras fuentes que nunca se supo más ni de Jaume Ferrer ni de su barco,<sup>28</sup> pero esta imagen demuestra de nuevo que la búsqueda de riquezas, como las del río de Oro, podría haber funcionado como un importante impulso para desafiar los peligros del Atlántico, incluso tales como el Cabo Bojador.

<sup>27</sup> El Atlas Catalán se encuentra en Bibliothèque Nationale de France, París, MS Espagnol 30; se escribe y traduce el texto sobre el viaje de Jaume Ferrer en el comentario que acompaña un facsímil del atlas, *Mapamundi del año 1375*, Barcelona, Ebrisa, 1983, p. 33.

<sup>28</sup> Sobre el viaje de Ferrer, véanse: Richard Hennig, *Terrae Incognitae*, Leiden, E. J. Brill, 1944-1956, v. 3, p. 284-289; y G. Llompart i Moragues, "L'identitat de Jaume Ferrer el Navegant (1346)", *Memòries de la Reial Acadèmia d'Estudis Històrics, Genealògics i Heràldics de Balears*, Reial Acadèmia Mallorquina d'Estudis Històrics, Genealògics i Heràldics, Palma de Mallorca, n. 20, 2000, p. 7-20.

Independientemente de las riquezas que hayan podido atraer a los exploradores, los peligros del Atlántico estaban siempre presentes. En el mapa Gough de Gran Bretaña, que se hizo hacia el año 1400,<sup>29</sup> cerca de las islas Orcadas en el norte hay representado un naufragio llamativo, con un monje en el agua, evidentemente sobre algunos restos flotantes. Desafortunadamente el cartógrafo no ofrece ninguna explicación al respecto.

Uno de los elementos más importantes del espacio mítico del Atlántico que podría haber atraído a los exploradores eran las islas. Unas de las islas más famosas de la Edad Media fueron las de san Brandán de Irlanda, quien vivió de finales del siglo V a principios del siglo VI. Se dice que Brandán emprendió un extenso viaje por el Atlántico, en el viaje se encontró con muchas islas mientras buscaba la tierra prometida, o Paraíso Terrenal, que finalmente encontró.<sup>30</sup> El primer mapa que incluye estas islas es el mapamundi de Hereford de cerca 1300, que las coloca en el Atlántico frente a la costa de África.<sup>31</sup> Las islas aparecen también en la carta náutica de los Pizzigani (figura 2), donde incluso hay una imagen de san Brandán junto a las islas. Vale la pena comentar que si un explorador medieval se había interesado en la búsqueda de las islas de Brandán y había leído sus relatos de viaje, habría descubierto que antes de llegar a su isla paraíso, Brandán se encontró con un gran número de peligros en el Atlántico.

La existencia de las islas Canarias era conocida en la Antigüedad Clásica, por desgracia no sabemos lo que motivó su redescubrimiento

<sup>29</sup> El mapa Gough se encuentra en Bodleian Library, Oxford, MS Gough Gen. Top. 16, y hay una excelente imagen digital del mapa disponible en: <http://www.goughmap.org/map/>. Sobre la fecha del mapa véase T. M. Smallwood, "The Date of the Gough Map", *Imago Mundi*, Taylor & Francis, Oxfordshire, v. 62, n. 1, 2010, p. 3-29.

<sup>30</sup> W. H. Babcock, "St. Brendan's Explorations and Islands", *Geographical Review*, American Geographical Society, Nueva York, v. 8, n. 11, 1919, p. 37-46; Pedro Agustín del Castillo, "Discurso sobre la Isla Antilia o de San Borondón o Brandón", en *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, Miguel Santiago (coord.), Madrid, Ediciones de "El Gabinete Literario" de Las Palmas, 1948-60, v. 1, n. 5, p. 2689-2730, véase en particular la excelente bibliografía de este último.

<sup>31</sup> Robert D. Benedict, "The Hereford Map and the Legend of St. Brandan", *Journal of the American Geographical Society of New York*, American Geographical Society of New York, Nueva York, v. 24, 1892, p. 321-365.



Figura 1. Mapamundi en un manuscrito de la *Sfera* de Gregorio Dati. Biblioteca Pública, Nueva York, Ms. MA 109, f. 14v. Cortesía de la Biblioteca Pública de Nueva York

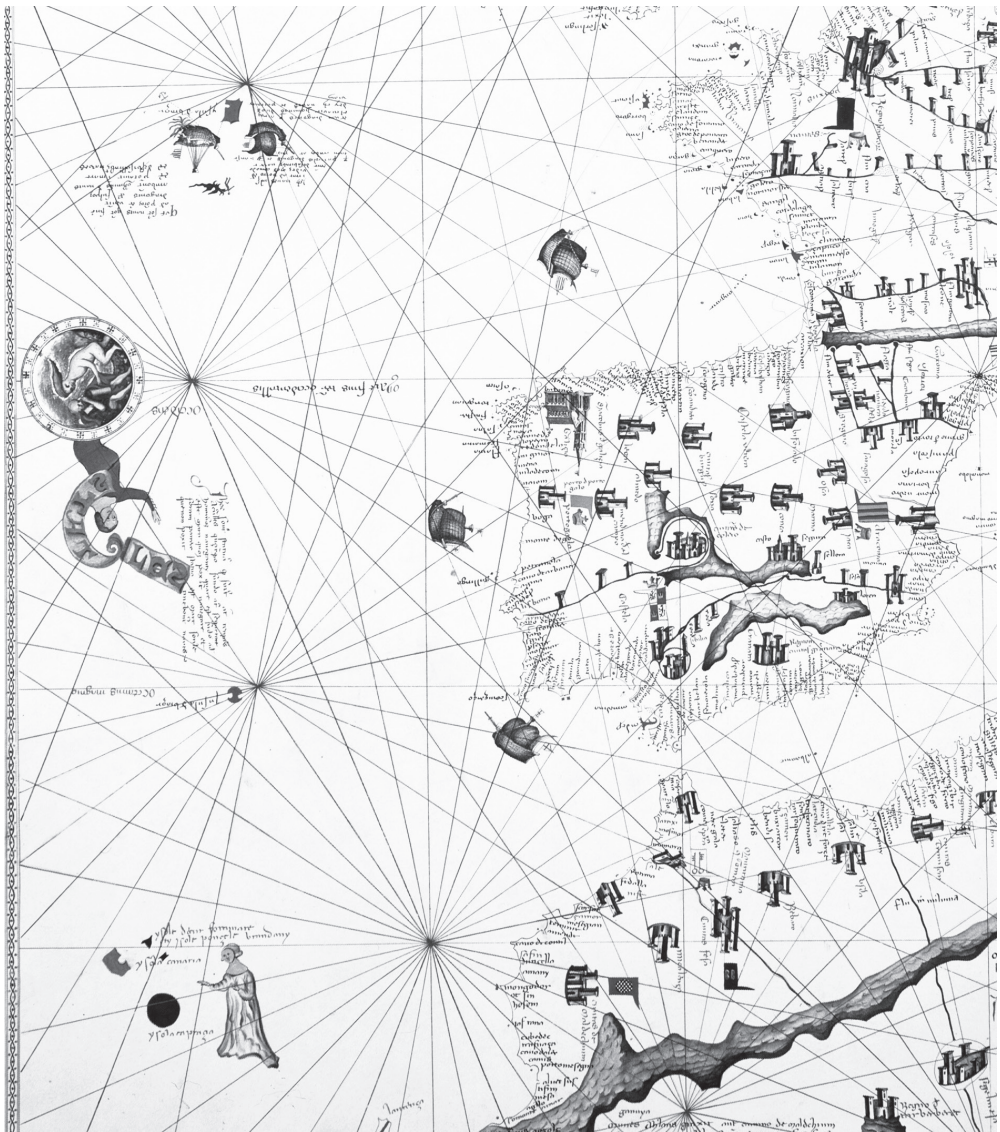


Figura 2. Europa occidental y el Atlántico en la carta náutica de los hermanos Pizzigani de 1367, que en el norte muestra dos barcos atacados por un dragón y un pulpo gigante; al borde izquierdo, la estatua de Hércules; alrededor de la península ibérica, tres barcos navegando hacia Flandes; y al sur, la isla de San Brandán. Facsímil por Jomard de Parma, Biblioteca Palatina, Ms. 1612. Cortesía de la Universidad de California, Berkeley

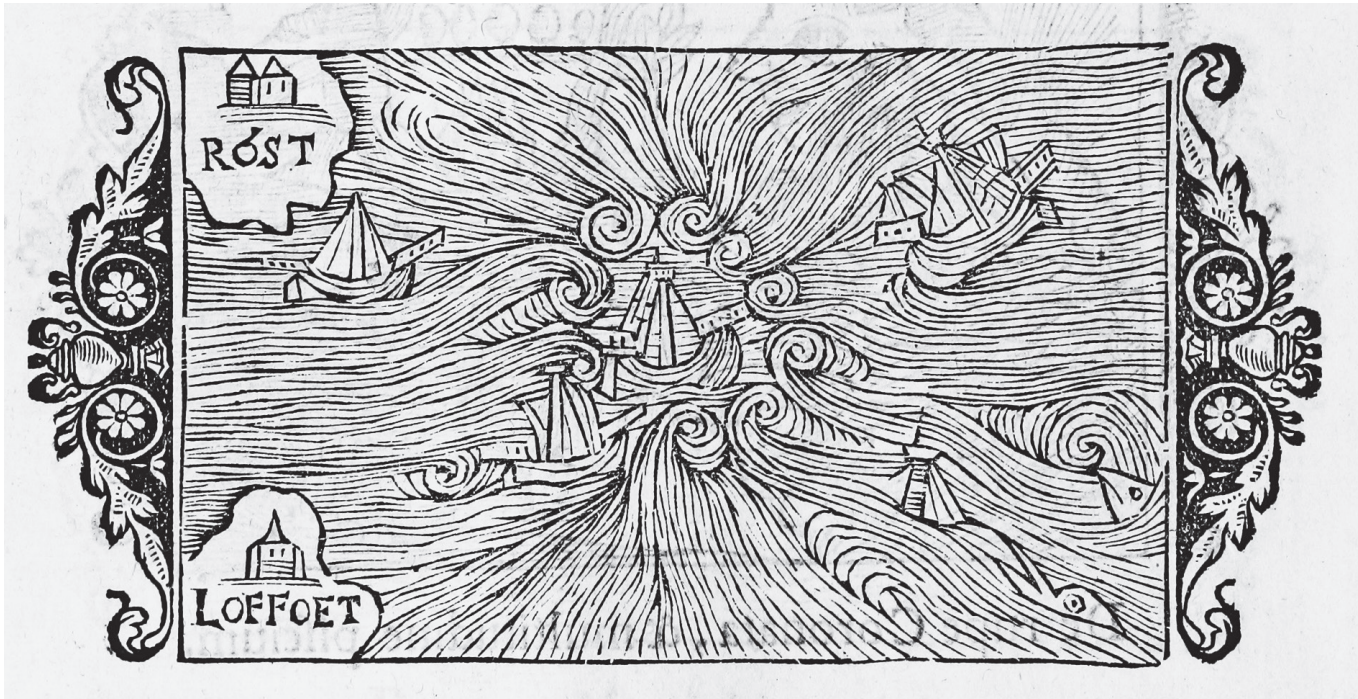


Figura 3. Remolino en la costa de Noruega, en Olao Magno, *Historia de Gentibus Septentrionalibus*, Roma, De Viottis, 1555, lib. 2, cap. 7, p. 66. Cortesía de archive.org





Figura 4. Un mapamundi zonal en el estilo de Macrobio que muestra los polos frígidos en azul y la Zona Tórrida en rojo. J. Paul Getty Museum, Los Ángeles, 83.MR.174, Ludwig XV.4, f. 177v. Cortesía del J. Paul Getty Museum

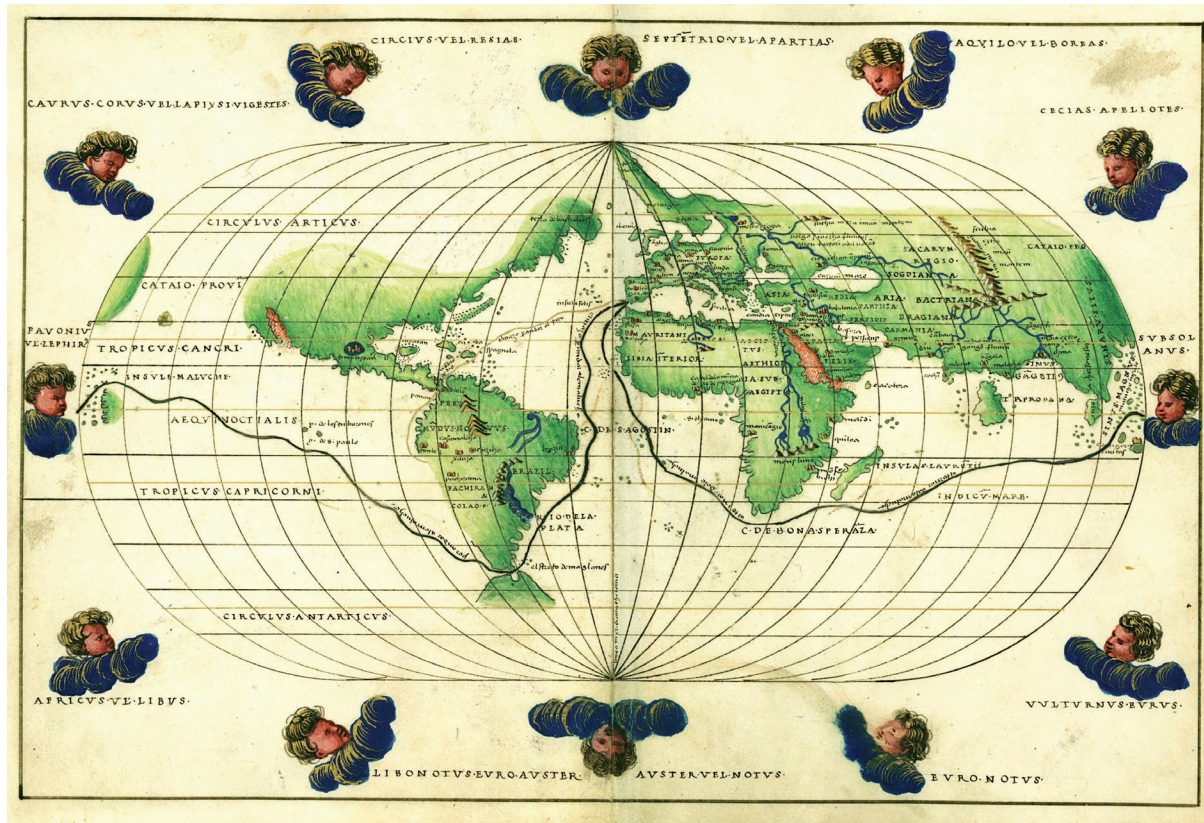


Figura 5. Mapa del mundo hecho en 1544 por Battista Agnese que traza la circunnavegación del globo realizada por la flota de Magallanes, que comenzó y terminó en Sanlúcar de Barrameda, muy cerca de donde se creía estaban los pilares de Hércules, supuesto límite de navegación al oeste. Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., Geography and Map Division, G1001.A4 1544 Vellum 5. Cortesía de la Biblioteca del Congreso



en el siglo XIV, pero entre 1312 y 1336 las islas fueron redescubiertas y conquistadas por Lanzarotto Malocello, un navegante genovés.<sup>32</sup> Este redescubrimiento fue reportado por Giovanni Boccaccio en 1337,<sup>33</sup> e indicado en un mapa por primera vez en 1339: en la carta náutica de Angelino Duclert.<sup>34</sup> En la carta náutica de los Pizzigani, hay un barco cercano a la isla que tiene la bandera genovesa, sin duda para conmemorar su descubrimiento por Lanzarotto Malocello. Una información interesante sobre el redescubrimiento de las islas Canarias que indica la percepción del Atlántico del siglo XIV viene de Francesco Petrarca, en su libro *La vida de soledad*, escrito en 1346, Petrarca se refirió a las Canarias como una “región situada fuera del círculo de las tierras”.<sup>35</sup> Petrarca se refiere a las islas Canarias en los términos de un mapamundi, como los de Ebstorf y Hereford, ambos hechos c. 1300,<sup>36</sup> en que el Atlántico es una banda estrecha y un

<sup>32</sup> Charles Verlinden, “Lanzarotto Malocello et la découverte portugaise des Canaries”, *Revue belge de philologie et d'histoire*, Fondation Universitaire, Bruselas, 1958, v. 36, n. 4, p. 1173-1209.

<sup>33</sup> M. Pastore Stocchi, “Il ‘De Canaria’ boccaccesco e un ‘locus deperditus’ nel ‘De Insulis’ di Domenico Silvestri”, *Rinascimento*, Instituto nazionale di studi sul Rinascimento, Florencia, v. 10, n. 2, 1959, p. 143-156; Silvano Peloso, “La spedizione alle Canarie del 1341 nei resoconti de Giovanni Boccaccio, Domenico Silvestri e Domenico Bandini”, en *VI Coloquio de Historia Canario-Americana (1984)*, Las Palmas, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1988, v. 2, parte 2, p. 815-827; Marcos Martínez, “Boccaccio y su entorno en relación con las Islas Canarias”, *Cuadernos de Filología Italiana*, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, número extraordinario, 2001, p. 95-118.

<sup>34</sup> La carta náutica de Dulcert se encuentra en Bibliothèque Nationale de France, París, Cartes et Plans, Ge B 696 Rés. Está reproducida en Cavallo, *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazi...*, v. 1, p. 164-165, con una descripción en las p. 162-163; sale reproducida a mayor tamaño en Gabriel Marcel, *Choix de cartes et de mappemondes des XIV<sup>e</sup> et XV<sup>e</sup> siècles*, París, E. Leroux, 1896; y en formato digital en Pujades i Bataller, *Les cartes portolanes...*, p. 120-121 y en el CD, n. C8.

<sup>35</sup> Giorgio Padoan, “Petrarca, Boccaccio, e la scoperta delle Canarie”, *Italia medioevale e umanistica*, Antenore, Roma, n. VII, 1964, p. 263-277; Theodore J. Cachey Jr., “Petrarch, Boccaccio, and the New World Encounter”, *Stanford Italian Review*, Stanford University by Anna Libri, Saratoga, California, v. 10, n. 1, 1991, p. 45-59.

<sup>36</sup> El mapamundi de Ebstorf, destruido en la Segunda Guerra Mundial, es todavía estudiable a través de facsímiles hechos en el siglo XIX. Hay una buena imagen digital del mapa en: <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/39/Ebstorfer-stich2.jpg>; el estudio fundamental del mapa es el de Hartmut Kugler, *Die Ebstorfer*

espacio mítico y distante, a diferencia de los términos de una carta náutica, en el que el Atlántico se representa esencialmente como espacio abierto, aunque con sus peligros.

Sin embargo, hay dos islas míticas del Atlántico que inspiraron viajes en su búsqueda a finales del siglo XV, y que significaron un paso esencial en la nueva concepción del Atlántico como espacio navegable. La primera de estas islas es Brasil, cuyos orígenes son misteriosos, pero que aparece por primera vez en una carta náutica de Angelino Dalorto hecho en 1325 o 1330.<sup>37</sup> La típica representación cartográfica de la isla es como una gran círculo tentadoramente cerca de la costa occidental de Irlanda. Por lo que sabemos, no había ninguna expedición destinada a buscar la isla hasta que a finales del siglo XV el clima intelectual fue el apropiado: en 1480 un barco comandado por Thomas Lyde se fue de Bristol explícitamente para buscar la isla; después de buscar sin éxito durante nueve meses, las tormentas lo obligaron a regresar a puerto. Otros dos barcos partieron con la misma misión el año siguiente, y durante siete años los mercaderes de Bristol continuaron enviando dos o cuatro buques cada año en busca de la isla.<sup>38</sup> Así, Brasil ofrece un caso interesante de una isla mítica que ha atraído exploradores al Atlántico. Al mismo tiempo, muestra que a pesar de que la isla fue representada en mapas anteriores y podría haber atraído a los exploradores en el siglo XIV o a principios del XV, esto no sucedió hasta que la concepción del Atlántico empezó a cambiar a finales del siglo XV.

*Weltkarte*, Berlín, Akademie Verlag, 2007. Hay también una adecuada imagen del mapamundi de Hereford en <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/48/Hereford-Karte.jpg>; para un estudio fundamental, véase: Scott D. Westrem, *The Hereford Map: A Transcription and Translation of the Legends with Commentary*, Turnhout, Brepols, 2001.

<sup>37</sup> La carta náutica de Dalorto está en Florencia, en el Archivo Corsini, y está reproducido en *The Portolan Chart of Angellino de Dalorto, MCCCXXV, in the Collection of Prince Corsini at Florence*, Londres, Royal Geographical Society, 1929, y en Pujades i Bataller, *Les cartes portolanes...*, p. 114-115, y en el CD C7.

<sup>38</sup> George C. Carey, "Enchanted-Island Traditions of the Sixteenth and Seventeenth Centuries", *The American Neptune*, Peabody Museum of Salem, Salem, Massachusetts, v. 19, n. 2, octubre de 1969, p. 275-281; Barbara Freitag, *Hy Brasil: The Metamorphosis of an Island: From Cartographic Error to Celtic Elysium*, Ámsterdam, Rodopi, 2013.



La otra isla mítica del Atlántico que inspiró al menos un viaje era la isla de las Siete Ciudades.<sup>39</sup> La historia fue que durante la conquista musulmana de la península ibérica en el siglo VIII, siete obispos, con el fin de escapar de los musulmanes, se embarcaron con sus seguidores y navegaron hacia el oeste en el Atlántico, y desembarcaron en una isla donde establecieron siete ciudades. La isla de Antilia, que aparece por primera vez en una carta náutica hecha por Zuane Pizzigano en 1424,<sup>40</sup> y por lo general tiene siete ciudades representadas en ella, se identifica a menudo como la isla de las Siete Ciudades. No hay evidencia de que Antilia fuera pensada originalmente para representar la isla de las Siete Ciudades, pero las dos islas se identifican en el globo de Martin Behaim de 1492. En cualquier caso, la isla de las Siete Ciudades inspiró expediciones que partieron en su búsqueda: en 1486, el rey Juan III de Portugal concedió un privilegio a Ferdinand van Olmen o Fernão Olmo para buscar la isla, y se cree que la expedición se fue en marzo de 1487.<sup>41</sup> Por lo tanto, a finales del siglo XV, el Atlántico se había convertido, si no en una zona de oportunidades, por lo menos, para algunos hombres, en una zona donde había recompensas que contrarrestaban los riesgos de la exploración.

Un documento esencial relativo a las islas del Atlántico y la nueva concepción del océano es la carta que Paolo dal Pozzo Toscanelli supuestamente envió en 1474, en la que describe su plan para alcanzar

<sup>39</sup> William H. Babcock, "The Island of the Seven Cities", *Geographical Review*, American Geographical Society, Nueva York, v. 7, n. 2, 1919, p. 98-106; George E. Baker, "The Search for the Seven Cities and Early American Exploration", *The Florida Historical Quarterly*, Florida Historical Society, Tallahassee, v. 71, n. 2, 1992, p. 155-168; Benjamin B. Olshin, *A Sea Discovered: Pre-Columbian Conceptions and Depictions of the Atlantic Ocean*, tesis de doctorado, Toronto, Universidad de Toronto, 1994, p. 230-263.

<sup>40</sup> La carta náutica de Zuane Pizzigano se encuentra en James Ford Bell Library, B Minneapolis, 1424mPi. Véase Armando Cortesão, *The Nautical Chart of 1424 and the Early Discovery and Cartographical Representation of America*, Coimbra, University of Coimbra, 1954.

<sup>41</sup> Charles Verlinden, "Een Vlaamse Voorloper van Columbus: Ferdinand Van Olmen (1487)", *Tijdschrift voor Geschiedenis*, P. Noordhoff, Groningen, v. 74, 1961, p. 506-516; Arthur Davies, "The Egerton Ms. 2803 Map and the Padrón Real of Spain in 1510", *Imago Mundi*, Selbstverlag des Bibliographikon, Berlín, v. 11, 1954, p. 47-52, p. 48.

las riquezas de Asia navegando hacia el oeste. La autenticidad de esta carta es muy discutida,<sup>42</sup> y me pongo del lado de los estudiosos que dudan de su legitimidad, pero independientemente de su origen o autenticidad, hay una copia de la carta transcrita en un conjunto de fragmentos anexos a uno de los propios libros de Colón, y la carta sin duda refleja ideas conocidas por Colón.<sup>43</sup> El autor de la carta dice que había marcado en su mapa muchos lugares —que sólo pueden ser islas— donde un navegante que parte hacia el oeste puede parar en puertos, y parece sugerir específicamente una parada en la isla de Antilia.<sup>44</sup> Así, el autor de la carta presenta las islas del Atlántico como convenientes lugares de parada en un viaje, más que como sedes de los mitos, y el propio océano como una carretera, en lugar de un espacio lleno de obstáculos y peligros.

El final del siglo XV fue un período de transición con respecto a las concepciones del Atlántico, y mientras algunos abrazaron las ideas nuevas, otros no lo hicieron. Una manera de tener una idea de otras concepciones del Atlántico, justo antes de los viajes de Colón al Nuevo Mundo, es mirando las reacciones a su propuesta para llegar a Asia navegando hacia el oeste. ¿Qué pensaban los contemporáneos de Colón acerca de cómo impactarían las características del Atlántico sobre el viaje que se proponía hacer? Una respuesta a esta

<sup>42</sup> Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus: The Letter and Chart of Toscanelli on the Route to the Indies by Way of the West*, Londres, Sands & Co., 1902; John Boyd Thacher, “The Letter of Toscanelli in the Spanish, Latin, and Italian Versions” y “The Import of the Letter”, en *Christopher Columbus: His Life, His Work, His Remains*, Nueva York y Londres, G. P. Putnam’s Sons y The Knickerbocker Press, 1903-1904, v. 1, p. 301-316 y 317-324; Miles H. Davidson, “The Toscanelli Letters: A Dubious Influence on Columbus”, *Colonial Latin American Historical Review*, Spanish Colonial Research Center at the University of New Mexico, Albuquerque, Nuevo México, v. 5, n. 3, 1996, p. 287-310.

<sup>43</sup> La carta de Toscanelli aparece en el ejemplar de la *Historia rerum ubique gestarum* del Papa Pio II que pertenecía a Colón, que se ha reproducido en facsímil como *Historia rerum: cuyo original se encuentra en la Biblioteca Colombina de Sevilla*, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1991, y *La Historia rerum ubique gestarum del papa Pio II y el descubrimiento de América*, comentario de Juan Pérez de Tudela y Bueso, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1993.

<sup>44</sup> Para una traducción al español del texto en latín de la carta de Toscanelli véase: Juan Gil, “La correspondencia con Toscanelli”, en *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Juan Gil y Consuelo Varela (coords.), Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 129-141.



pregunta se encuentra en una fuente interesante, a saber, el mapa de Piri Reis de 1513.<sup>45</sup> Piri Reis se basa en parte en un mapa perdido hecho por Colón, por lo que hay razones para dar crédito a lo que nos cuenta sobre la recepción del plan de Colón. Piri Reis dice que Colón presentó su plan en Génova, lo que confirman varios cronistas del siglo XVI. Él escribe:

Se dice que un libro llegó a las manos de este Colón, y él encontró que el libro dice que al final del Océano Atlántico había costas, islas y minerales de todo tipo, y una montaña de piedras preciosas. Este hombre, después de haber estudiado este libro a fondo, explicó estas cuestiones en detalle a los hombres eminentes de Génova y dijo: “Ven, dame dos barcos, y yo iré a encontrar estos lugares.” Ellos dijeron: “¡Oh hombre tonto! El final y el límite del mundo se encuentra al oeste. Está lleno de la oscuridad de las tinieblas”.<sup>46</sup>

Este tipo de argumentaciones, por supuesto, se remonta a ideas sobre el Atlántico que rápidamente se estaban quedando en el camino —a ideas que los viajes de Colón estaban a punto de hacer explotar.

Termino este discurso con dos mapas que muestran el pleno desarrollo de la nueva concepción del Atlántico en el siglo XVI. En un mapa del mundo realizado por Battista Agnese en 1544 (figura 5), la línea azul traza la circunnavegación del globo realizada por la flota de Magallanes, un viaje que comenzó y terminó en Sanlúcar de Barrameda, justo al norte del estrecho de Gibraltar.<sup>47</sup> Este mapa

<sup>45</sup> El mapa de Piri Reis se encuentra en Topkapi Sarayı Müzesi Kütüphanesi, Estambul, R.1633. Para un estudio fundamental del mapa véase: Gregory C. McIntosh, *The Piri Reis Map of 1513*, Atenas, Georgia, University of Georgia Press, 2000.

<sup>46</sup> Gregory C. McIntosh, “Columbus and the Piri Reis Map of 1513”, *The American Neptune*, Peabody Museum of Salem, Salem, Massachusetts, v. 53, n. 4, 1993, p. 280-294, p. 291.

<sup>47</sup> Este atlas de Agnese está en Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., Geography and Map Division, G1001 .A4 1544 Vellum 5, y hay una versión digital disponible en: <https://memory.loc.gov/ammem/gmdhtml/gnrlagn.html>. Sobre los muchos atlas hechos por Agnese, véanse Henry R. Wagner, “The Manuscript Atlases of Battista Agnese”, *Papers of the Bibliographical Society of America*, University of Chicago Press, Chicago, v. 25, 1931, p. 1-110; y “Additions to the Manuscript Atlases of Battista Agnese”, *Imago Mundi*, Berlina Selbstverlag des Bibliographikon, Berlín, v. 4, 1947, p. 28-30.



muestra muy claramente que este estrecho había pasado de ser el límite occidental del mundo conocido —donde había una estatua de Hércules que advertía sobre los peligros de navegar *plus ultra* (más allá)—, a transformarse en un portal para el descubrimiento, una transformación del mundo verdaderamente notable. Y en un mapa hecho por Giacomo Maggiolo en 1561,<sup>48</sup> una docena de barcos navegan en el Atlántico; por su mera presencia afirman audazmente el control europeo del océano, algo difícil incluso de imaginar en la Edad Media, cuando el Atlántico era desconocido y se creía estaba compuesto de olas enormes, oscuridad, remolinos y monstruos marinos.

<sup>48</sup> La carta náutica de Maggiolo está en Museo Navale, Génova, NIMN 3372, y está reproducido en Cavallo, *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazi...*, v. 1, p. 354-355.